

LIBROS / Entrevista

Yuri Herrera

“No tenemos que permitir que los políticos nos expropian la lengua”

El autor mexicano ratifica su prestigio con *La transmigración de los cuerpos*. A su paso por Madrid dio sus claves: “Creo más en la precisión de las palabras que en la originalidad”

Por Winston Manrique Sabogal

NO CREE EN LA página en blanco. No cree en el bloqueo del escritor. No cree en la angustia a la hora de escribir. No cree en la experimentación por la experimentación.

¿En qué cree, entonces, Yuri Herrera?

Cree en la concentración, la dedicación y el trabajo constante. Cree en aprender de los errores propios. Cree en la lectura y en la cultura. Cree en la intuición del autor.

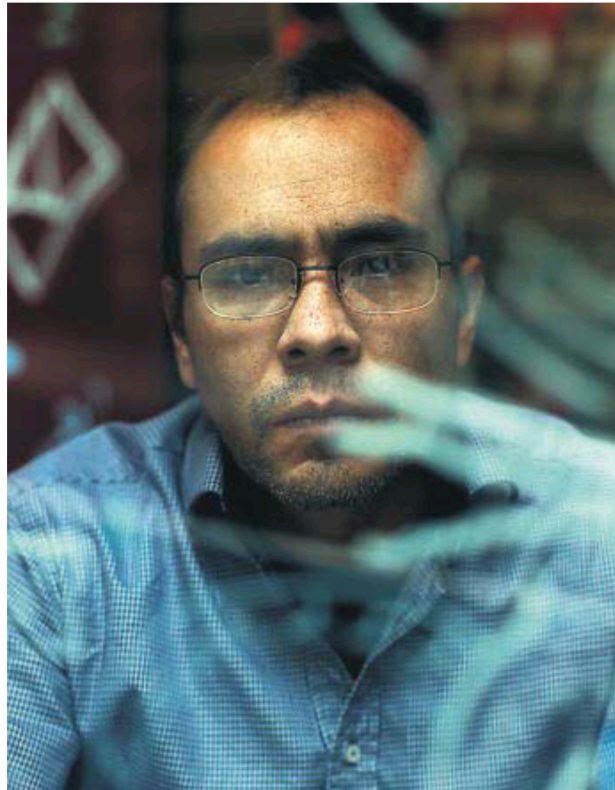
Pero, sobre todo, cree en las palabras.

Ellas son su dios. Su reino a conquistar, a rescatar para él y la literatura. Eso es en lo que cree el escritor mexicano Yuri Herrera (Actopan, 1970), en las palabras, en su significado, en la biografía que las moldea y vivifica en las diferentes bocas, en su sonido y en los ecos que llegan hasta sus lectores. Y las suyas para referirse a ellas, en un rincón de una librería madrileña, son meditadas y hacen énfasis en lo esencial de recuperar el patrimonio lingüístico —“debemos asumir ese derecho”—, reclama un autor que cuando empieza a escribir tiene claro algunas de las palabras que formarán parte de su libro.

La transmigración de los cuerpos (Periférica), su última novela, da fe de sus creencias creativas, personales y sociales. En ella laten, cuenta, “Dashiell Hammett, algo de la *Divina Comedia*, el *Exodo* y algunos contemporáneos, en especial Jorge Cuesta, a quien estuve releendo mientras escribía el libro”.

Yuri Herrera está contento. Apenas se le nota. Es discreto. Tenía confianza en que con su proyecto literario iniciado hace una década ganaría lectores, poco a poco. Es su tercera novela editada en España. Con ella ha aumentado su prestigio inaugurado con *Trabajos del reino* y ratificado con *Señales que precederán al fin del mundo*.

En sus novelas sus protagonistas son formas distintas de la fuerza de la palabra. Tres personajes que con su habla van despejando el mundo, contando el mundo y creándolo, también, a medida que lo verbalizan. Si en *Trabajos del reino*, el Lobo es un compositor y cantante de corridos (poder y narcotráfico, Arte y poder); y en *Señales que precederán al fin del mundo*, Makina es una traductora de lenguas que conecta el presente con leyendas y mitos precolombinos, en *La transmigración de los cuerpos*, el Alfaque-



El escritor Yuri Herrera. Foto: Carlos Rosillo

que es un hombre cuyo verbo busca amansar la violencia entre los bandos. La palabra frente a las violencias. Aquí en una ciudad sin nombre cercada por una epidemia que obliga a la gente a recluirse en sus casas.

Herrera acaba de llegar de Lyon, donde fue invitado por la Ecole Normale Supérieure, porque este año han incluido *Trabajos del reino* en las listas de la Aggre-

gation, un examen para obtener posición docente. Pero antes de que su nombre empezara en 2004 a ir de boca en boca, había escrito una novela que está enterrada, pero no olvidada. “Era muy mala”, reconoce con pudor, “aprendes mucho más de los errores”. Y entre medias algún libro infantil.

Cuando en 2009 publicó *Señales que precederán al fin del mundo* su acogida fue tal que en 2011 quedó finalista del Rómulo Gallegos. “Entonces aprendí que a veces se dedica mucho tiempo al mundillo literario en lugar de dárselo a la literatura”.

Era la época en que le rondaba la idea de su nueva novela y llegaba a México la epidemia de la fiebre porcina. Durante días la capital fue una ciudad fantasma. Pensó que no iba a poder escribir sobre una epidemia, pero luego se dijo: “La epidemia va a ser parte de la historia”. Y siguió adelante, y no con una epidemia cualquiera, con esta novela de resonancias shakesperianas y bíblicas, con aires fabuladores y alegóricos despojados de adornos. “Creo más en la precisión de las palabras que en la originalidad”.

Si en la anterior el núcleo era el viaje de Makina, en esta es la atmósfera. “Tenía cierta preocupación por la palabra justa, por la precisión para reconstruir la realidad”.

Una constante en sus libros es lo fronterizo y el viaje. El viaje como rescate, búsqueda del personaje tanto hacia fuera, en su misión, como hacía sí mismo. Se sorprende ante esta idea: “No es casual, pero tampoco programada. He ido descubriendo mis obsesiones y uno saca cosas que tiene dentro y no sabe que tiene allí. Esa es una de las

“La cultura que todos tenemos, los valores, la ética... ese es el continente de la intuición a la hora de escribir”

maneras que tiene el arte. No creo que el arte consista solo en sacar emociones; para mí es importante la intuición. Uno escribe siguiendo intuiciones, pero no es suficiente y necesita un continente, y eso es la cultura que todos tenemos, los valores, la ética... La cultura es el continente de la intuición”.

“No solo es importante la evolución física del personaje, sino lo que sucede dentro de él, su epifanía o cambio. Supongo que tiene que ver con que para mí ha sido un aprendizaje salir de mí mismo porque soy tímido, temeroso...”.

Un amante de las palabras crítico con los políticos: “No tenemos que permitir que nos expropian la lengua”. Y preocupado por los medios de comunicación: “Deben dejar de ser rehenes de las tecnologías emergentes. Tienen que aprender a respirar de nuevo, parece que están hiperventilando todo el tiempo. Incluso los temas más urgentes merecen una reflexión, eso implica respeto a los hechos y a la lengua. Si recuperamos la manera de respirar será posible asumir una mejor manera de ver el mundo”. •

Una tragedia en sordina

La transmigración de los cuerpos

Yuri Herrera
Periférica. Cáceres, 2013
134 páginas. 16 euros

Por Rodrigo Pinto

EN UNA CIUDAD sin nombre, asediada por una epidemia que poco a poco encierra a la gente en sus casas y libra las calles a los desesperados, a los militares, a los que deben salir quizá porque tampoco tienen esperanzas, transcurre la tercera novela del escritor mexicano Yuri Herrera. El protagonista es El Alfaqueque, un tipo tan anodino que asume, respecto de sí mismo, que “las cosas tendrían pronto que su vida era como la parada de un camión, útil momentáneamente, pero donde nadie se quedaría a vivir”. Lo curioso es que esa dolorida conciencia acerca de sí mismo y sobre lo dura

y triste que es la existencia (“se repitió lo que tantas veces en circunstancias distintas se había dicho: todo lo bueno es un pedazo de algo horrible”), lo convierte en un personaje entrañable, que gana en humanidad y calor mientras más se adentra el relato en una cruel historia en medio de las calles vacías por el miedo. La concisión característica del estilo de Herrera da acá un paso adelante, con una capacidad expresiva que impresiona más por la contención que por el exceso, más por el exigente rigor en la expresión que por el adjetivo fácil.

El Alfaqueque tiene también —a su manera— el don de la palabra. De oscuro tinterillo pasó, gracias a ese talento, a convertirse en un negociante. “Muchas veces la gente estaba esperando que alguien viniera a bajarle la bilis y a ofrecerle una manera de salirse de la pele; y para eso es que servía ajustar el verbo. El verbo es ergonómico, decía. Sólo hay que saber calzarlo con cada persona”. Acompañado por

El Nárdertal —un personaje que parece, pero sólo parece, que quisiera que lo maten pronto— y por La Vicky —enfermera que sobre todo verifica la dignidad de los cadáveres que circulan cerca del protagonista—, El Alfaqueque se ve atrapado en una sombría historia de enfrentamientos familiares. Él pone el verbo por un lado y el Menonita, otro especialista en deshacer conflictos, por el otro; y en cada una de las puntas de la madeja hay un muerto. La novela tiene una estructura vagamente policial; El Alfaqueque recuerda al clásico detective de la novela negra cuando va desenrollando el hilo oculto de una trama que se adentra cada vez más en antiguos reencuentros y cuentas por cobrar, pero no tiene afán justiciero alguno. Quiere la verdad sólo en la medida en que le sirva para evitar más cadáveres cerca de él y ello porque ese es su trabajo, no por algún imperativo de orden moral. La compañía permanente de El Alfaqueque es un perro negro que le roe las

entrañas y la leal compañía del mezcalito nocturno, “la mugrita destilada limpiándole la mugrita de adentro”, ese sedimento implacable que la soledad y la violencia van acumulando en la vida cotidiana de El Alfaqueque, por más que esta última aparezca como en sordina, en la disputa por los cuerpos de los muertos y en un par de escenas de calculada brutalidad. En su mansa desesperación, en su desapego, hasta en su incredulidad frente al hecho de que su vecina, La Tres Veces Rubia, lo desee como compañero sexual, el personaje protagonista despliega una integridad que es a la vez frágil e imbatible, un precario equilibrio entre la maldad que lo asedia y la compasión, una compasión sincera, profunda y contenida, que siente hacia los cuerpos yertos de La Muñe y Romeo, las dos puntas de una madeja que no por asordina es menos triste y desoladora, donde sólo la lucidez amarga y humilde de El Alfaqueque ofrece algún camino de redención. Es una novela dura, como las que provienen de una zona fronteriza y asediada por la extrema violencia, pero también extrañamente consoladora, en buena medida gracias a su excepcional calidad literaria. •